

SEMBLANZA DE NICASIO OROÑO

Con vehemencia, encontrados sentimientos de dolor y culpa nos poseyeron apenas enfrentamos la albura de la primera carilla, esa carilla siempre desazonante para el que, responsablemente, mide su capacidad, la largueza de sus medios expresivos en relación con un empeño que, por respetado y admirado, se nos antoja inabordable, insuperable, hasta provocar una angustia cierta e inhibente, una sensación deprimidora de anticipado fracaso. En la oportunidad, sin embargo, la aludida vehemencia posesiva tuvo la virtud de espantar la angustia y de meternos sin más en el tema, empezando, por supuesto, con la discriminación de esos sentimientos que, desgraciadamente, responden a hechos negativos, a omisiones que cuentan años. Porque pensando en Oroño nos dolíamos con el dolor de aquellas expresiones de Carlos T. Arguimbau vertidas hace mucho, pero vigentes en la actualidad: "...para este hijo de Santa Fe, lleno de méritos, virtudes y sacrificios, todavía no se ha pedido un bloque de mármol para cincelar su estatua, cuando la tienen en esta tierra hasta extranjeros que fueron un factor accidental de nuestra cultura y otros cuyo pedestal ha sido amasado con lágrimas y sangre". Y dolorosa y culpablemente también sentíamos la ausencia de un libro, de muchos libros que trataran con orgánico aliento de su vida y de su obra múltiple; de una iconografía, siquiera, que popularizara de generación en generación la armiñada generosidad de sus barbas, en bíblico equilibrio con un suave y profundo mirar bajo la alta y despejada frente.

Pero no empañemos esta semblanza entonando un "mea culpa" irremediable. Mirando hacia adelante, subjetiva y fervorosamente, contraigamos todos, sin distinciones, unidos en sed de justicia, el compromiso de actualizar noble y valederamente la personalidad de don Nicasio Oroño, como forma de ejemplificar en el pueblo, ese pueblo que tanto amó porque mucho esperaba de él cuando se lo jerarquizara en la medida que exige la democracia, las virtudes republicanas y la total entrega a su causa ascendente, siempre perfectible por el libre juego de las instituciones, por el vigor de austeros y rectos principios. Agreguemos, como consuelo que nos permita seguir escribiendo sin la cortapisa del remordimiento, que el duende de don Nicasio, convocado en esta revista que mucho hubiera aplaudido, que mucho hubiera alentado y prolijado, ha de disimular ingraticudes y omisiones, seguro que el destino de los pueblos se cumple rigurosamente en todos los órdenes, en muy distintos planos, donde no son los de menor importancia para su gravitación en el concierto que forja una civilización los que refieren a las manifestaciones del exclaustrado espíritu universitario, que se desarrollan y alcanzan plenitud solamente en los climas signados por la libertad y la paz creadora, libertad y paz creadora que fueron su obsesión, el motivo sustancial de su dilatada existencia, porque comprendía que en su orfandad sólo pueden triunfar los espantajos del despotismo o la anarquía.

Contemos también para el perdón del duende ilustre a las generaciones olvidadizas y desagradecidas, con aquélla su humana comprensión, que no dejó de definirlo ni en los momentos de mayor turbulencia de la turbulenta época de su tránsito agitado, aplaudido o vilipendiado, pero siempre pujante, con una pujanza ininterrumpida, sin estruendos premeditados, sin alharacas ni proclamas encendidas pero ayunas de concreta acción. Porque en don Nicasio en todas las contingencias que buscaba, que provocaba, estaba primero la acción, que se informaba y alimentaba, claro está, en las vigiliadas del pensamiento, que recién cobraba imperio en la palabra o en la pluma pa-

ra fundamentar o defender la innovación que por audaz encendía en la chatura del medio el encono de la reacción moji-gata o fanática, cuando no interesada a todo trance en la defensa de vetustos privilegios. Pensemos asimismo en su optimismo insobornable de vigorosas raíces morales, en su confianza en el premio que “la Providencia —son sus palabras— reserva a los pueblos sensatos y laboriosos, que buscan en el trabajo el sustento de la familia y en la justicia la base perdurable de su existencia”. Confiemos, finalmente, en la valoración por su parte de nuestros esfuerzos, midiendo vicisitudes y aciagas circunstancias atravesadas, algunas propias y otras extrañas, porque conviene advertir que nada de lo que ocurre en el último rincón del orbe nos es ajeno; confiemos, ya que nuestro don Nicasio, según el decir de un contemporáneo, nunca fue un teórico frío, intollerante, sino un luchador incansable y bien inspirado en el terreno de la acción eficiente y provechosa. “Sus anhelos —agrega— tendientes siempre a la realización de nobles ideales, no fueron simples fórmulas abstractas o tesis de controversia doctrinaria; fueron, por la autoridad que les daba vida, factores importantes del progreso en la administración, en la legislación y en las prácticas de buen gobierno”.

Sintiéndonos perdonados, pues, de un olvido que ha sido más bien desvío, despiste intencionado, y de una ingratitud que puede computarse como azorada distracción ante tanta anécdota cruel repetida desgraciadamente en el período de renovación en hondura que nos ha tocado vivir, intentemos abrir el viejo cofre de la historia para animar la estampa de su señora, hidalga y eriolta patriarcalidad, dejando de lado nuestra diaria preocupación, tendiendo un puente hacia el pasado para sentirnos más a nosotros mismos, para establecer una necesaria y urgente línea de continuidad histórica, salvando abismos que han marcado transitorios divorcios y retrocesos, equívocas apreciaciones y mitos sin asidero cierto; para encontrar en la palabra “argentinos” un sentido claro y definitorio, un orgullo motivado y un destino común, sencillo o trascendente, pero nuestro, muy nuestro y, a pesar de todo, integrante del gran desti-

no universal donde aspiramos a tener autoridad por el propio esfuerzo sin excluir el de nadie.

Abramos ya el cofre y que se ilustre y robusteza la magrura de nuestra palabra con las palabras y con las acciones levantadas de don Nicasio, situado objetivamente en su medio, un medio cruzado por la dureza de las luchas internas y externas, que él vivió con la suma de la responsabilidad, comprometiéndose sin rodeos, aferrándose ahincadamente a su época, que afortunadamente vio superada en sus últimos días. De ahí que, pensando en el porvenir, pudiera dichosamente manifestar: "...la semilla arrojada en el suelo argentino por la bondad de nuestras instituciones ha dado frutos preciosos, y colocado al país en nuevos senderos, tan provechosos para la generación que los recorre en busca de su perfeccionamiento moral, como diametralmente opuestos a los que no ha mucho tiempo transitaba empujada por la violencia para encontrar tan sólo el atraso y la muerte".

Lleguemos entonces hasta don Nicasio —que como nadie supo sentir e interpretar aquello de que "la Patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, y el patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos"— con el corazón rebosante de amor y temblorosos de viril ternura, porque pretendemos que ese mirar al pasado sea un consciente apreciar los intereses, los sentimientos y las ideas que agitaron los corazones de nuestros progenitores, que por humanos pudieron tener flaquezas en medio de su elevación de intenciones. Nadie se alarme de que la mirada pueda aparejar decepciones si se llega a descubrir en algún Héroe o Prócer, así, con mayúscula, intocable y deshumanizado, alguna de esas flaquezas; o de que se advierta bajo el ropaje brillante y deslumbrador de conceptos idealistas un hervidero de intereses materiales, tan materiales como los que nos apremian, como los que impulsan y conforman las conmociones de nuestro tiempo. El desmoronamiento del mito no creemos que engendre decepciones irremediables, pues el mismo será suplantado, inmediatamente, por una clara conciencia de los flujos y

reflujos del devenir histórico que conducirá a tomar partido en las contiendas del momento con una decisión y un interés acrecidos por el encuentro con el pasado, por el entenderlo liberado de imposiciones convencionales, que generalmente tienden a la perpetuación de situaciones que si antaño tuvieron razón de ser, ya que nacieron por la fuerza determinante de elementos y factores de distinto orden, constituyen en el presente, superadas por las nuevas combinaciones que esos mismos elementos y factores crean, un anacronismo que retrasa el advenimiento de mejores formas de convivencia. En una palabra, llegaremos al patriotismo porque nos sentiremos en posesión de un pasado que por su semejanza con el presente, en lo que ambos tienen de lucha y trabajo, puede vivirse con renovada intensidad.

Adelantemos que don Nicasio Oroño no es un mito en el argentino sentir; en cambio, en mito se ha convertido —y ya tocamos los desvíos y despistes intencionados— algún acto de gobierno aislado, mal comprendido en su momento y peor transmitido a la posteridad, no obstante que a pocos años —enseguida podríamos decir si consideramos lo largo del trajín histórico— de haber provocado alguno de esos actos enconadas disputas, ruidosas y terribles excomuniones y hasta el estallido de la pólvora, tuvieron plena vigencia en las leyes de la Nación, y ya para siempre, porque en realidad respondieron desde su nacimiento violentamente frustrado a una madura necesidad. Y todo envuelto en una lejana e irreal nebulosa, en el arrinconado e ingrato olvido de que habláramos al principio.

En el calor de la contienda, en la necesidad de ser tajante por imposición de la lucha que se libraba sin cuartel y contra empinados adversarios, pudo haber incurrido don Nicasio en errores de juicio, pudo no haber apreciado con la suficiente equanimidad el ajeno empeño, pero también tuvo la valentía, poco común en los hombres de acción denodada, de reconocerlo, de dejar escritas con esa su prosa que respiraba autenticidad y clara sencillez palabras como estas: “La época en que este documento fue redactado —se trata del “Mensaje del Pueblo de la

República a sus Representantes”—, explica ciertas apreciaciones que felizmente los hechos no han justificado más tarde. En esa época la política interna del Presidente de la República y de casi todos los Gobernadores de Provincias, era netamente electoral, y de ella no debían esperarse sino los males que son consecuencia lógica de toda subversión de principios. Triunfante esa política, justo es reconocer, sin embargo, que el ciudadano en cuyo favor se implantó y desenvolvió, tuvo bastante talento y carácter para serenar los espíritus, mediante una administración seria y laboriosa, encauzando la acción de los poderes públicos y la corriente de los negocios privados, en cuanto con ellos se relacionan, en el sentido de la paz, del orden y de un sólido progreso. Es para mí un acto de lealtad y de conciencia el hacerlo así constar”.

Cuántas reflexiones —el espacio y el carácter generalizante de estas líneas nos impiden siquiera sucintamente darles formas— acudían a nosotros no hace mucho frente a su sepulcro, austero y republicano, con una pátina de años que acentuaba la sobretarde gris. Con emoción, con orgullo de viejos santafesinos, leíamos una y otra vez: “Fue precursor de todos los progresos fundamentales de Santa Fe, y prócer de la democracia argentina, actuando de diputado, senador, diplomático, gobernador, constituyente, civilizador del desierto, virtuoso republicano y altivo contendor del despotismo”.

Y volviendo a la ciudad nos obsedía el recuerdo de su fecunda existencia; y en un “raceconto” que tenía por escenario la Patria misma, fuimos testigos vibrantes de sus actos y oímos con unción su palabra vieja, venida del fondo de la historia para explicar humildemente, casi disculpándose, por qué consentía, al final de su vida, el requerimiento de un editor: “Al consentir que se recopilasen y publicasen algunos de mis trabajos de otra época, no tuve en vista más interés que el de dejar constatado a la edad en que me encuentro, que en el ejercicio de mi vida pública no busqué nunca sino la realización de dos grandes ideales: la libertad y la paz, como factores indispensables de civilización, de población, de progreso, y de bienes-

tar para mi país, con absoluta prescindencia de toda ambición personal". En estas palabras sin solemnidad, descarnadamente sinceras está contenido íntegramente el Nicasio Oroño que vivió, luchó, sufrió y soñó con rara intensidad. Están en ellas todos los elementos que fundamentarían su estatua y, lo que es mejor, los motivos de una permanente exaltación, las palpitaciones de un ejemplar civismo.

La libertad y la paz. . . Por ellas, casi un niño, predispuesto por el canto libre de las calandrias en las madrugadas coroninas, por los relatos nocheros de ásperas campañas militares que a botes de moharras querían forjar la Patria y por el ejemplo hogareño, se enrola y sirve al lado de su padre, el comandante don Santiago Oroño, en los ejércitos que luchan contra Rosas. Por la libertad y por la paz, también al lado de su padre, estuvo en Caseros, como oficial de la división del ejército entrerriano que comandaba López Jordán. Por la libertad y por la paz, amores entre los que pasó de la adolescencia a la mocedad se convierte en secretario de su padre que dirige las fuerzas de Rosario y de Coronda; y, cada vez más consciente de lo que significaban para la concreción de ideas que habían germinado en las vigiliadas de los campamentos, en la emigración impuesta por las derrotas o en el andar casi sin rumbo a través de las desérticas campañas, ahí lo fijan los azares de la trabajosa organización. "Importante y delicada —dirá más tarde— fue la misión que nos tocó desempeñar en esa época. Iniciada la revolución de setiembre, invadida la Provincia de Entre Ríos por fuerzas de Buenos Aires, mi padre, al frente de las suyas, fue la valla que encontró el general Paz sobre el Arroyo del Medio, en su plan de lanzarse al interior de la República y convulsionar las provincias de Córdoba, San Luis y Santiago del Estero. Sin la actitud enérgica y firme del general Oroño, puede asegurarse que la organización de la República no hubiera podido llevarse a efecto entonces, postergándose quizá por mucho tiempo. Fueron esas mismas fuerzas del Rosario y de Coronda, la única garantía de existencia del Congreso Constituyente de 1853. En toda esa época compartí con

el general Oroño los peligros, sacrificios y responsabilidades de la alta misión que el gobierno le había confiado”.

Imaginamos cuánto habrá admirado a su padre en ese sacrificado guerrear que conducía a la pacificación, factor indispensable, con la libertad, para emprender inmediatamente la tarea regeneradora de la que, por razones obvias, nada había escrito, pero que esperaba su acción, sus leyes de miras largas.

Cruzábamos la ciudad y lo veíamos a don Nicasio lanzado a la vida pública, olvidado al instante de sus circunstancias acciones de armas, a las que habría de volver cuando fue imprescindible necesario salvar con ellas la amenazada organización nacional con motivo de las sublevaciones internas durante la guerra del Paraguay. La ciudad de Rosario, centro primigenio de su bregar, urbe populosa y poderosa a la fecha, puede dar testimonio elocuente y edificante de su ambición razonada, de sus visiones de alarife que edificaba con el pensamiento fijo en esa Patria de los hijos, de los nietos, de miles de generaciones sucediéndose en progresista fluir. Entre los ruidos con que nos envolvía la ciudad, oíamos, como un martinete que clava cimientos de grandeza futura, el pisar firme de don Nicasio como aduanero, como Jefe Político, como integrante del Tribunal de Comercio, como propiciador de las iniciadas corrientes inmigratorias, como constituyente, como diputado antes de Cepeda. Y de pronto sentimos, con fuerza de símbolo, el advenimiento de una fecha: 22 de febrero de 1865. Don Nicasio asumía la responsabilidad de gobernar la provincia. Tenemos la certeza de que no debe haber encontrado un instante para alegrarse y menos para envanecerse. Se había lanzado a la acción pública jugando su resto, seguro de su sacrificio, olvidándose de sí mismo y de sus bienes, hecho a la medida de la sonora cuarteta: “Alumbrar es arder. Estro encendido / Será el fuego voraz que me consuma. / La perla nace del molusco herido / Y Venus brota de la amarga espuma”.

Lejos estaba, por eso mismo, en ese comienzo que se iría verticalizando, de creerse un profeta, pues ya confiaba, como lo dijo posteriormente, sólo en “la existencia libre, franca y

abierta de los pueblos, que unida a la influencia de la prensa, iban acabando felizmente con el predominio de los profetas y con el misterioso ascendiente de las profecías". Y estas otras palabras suyas golpearon nuestro pecho argentino con referencia al peligro de los que encumbrados olvidan los clamores del llano de donde vienen: "El despotismo se encarna en un hombre, en muchos hombres, en un círculo; pero la libertad tiene su raíz y su fuerza motriz en la conciencia del pueblo".

Por sortilegio, sí, de sus convicciones llegaba al gobierno superando las luchas de facciones, los desacuerdos teñidos de personalismos de los partidos. Como aquel soledoso que jamás ocupó un cargo, pero que estuvo siempre grávido de ideas e ideales, como aquel Esteban Echeverría de la luenga figura romántica, don Nicasio, siguiendo su línea de pensamiento, habría de decir: "Unitarios y Federales son para nosotros lo mismo cuando se trata de la seguridad y de la vida de nuestros compatriotas; y el mejor partido y el mejor gobierno será aquel que consulte las aspiraciones del país y que mejor responda a sus necesidades políticas y sociales".

Sencillo y claro, guardián de las autonomías provinciales por ser un respetuoso de la Constitución, conocedor de los peligros del centralismo porteño, sin ataduras con el pasado, sin el pregón de caducas fórmulas, llegaba a la gobernación como un ariete, como un viento fresco y renovador de atmósferas pesadas, como un genuino hombre del pueblo que sin mistificaciones sostenía "que la mejor de las leyes será una burla para la sociedad cuando los encargados de cumplirla carecen de ese respeto por el cumplimiento del deber que distingue al buen ciudadano del que no lo es". Era demasiado sincero y expeditivo, demasiado sin compromisos, como no fuera el compromiso grande con la Patria Grande que pugnaba por empujar hacia su destino desde una Santa Fe en que —lo dijo para que todos lo entendieran— "era indispensable acometer la árdua empresa de una verdadera regeneración, iniciar y realizar, por medio de leyes sabias, reformas y medidas que, a la vez de promover el progreso material, tendiesen a emancipar el espíritu

público de las preocupaciones e ignorancia que eran la causa principal de su atraso'.

Mientras nos iba ciñendo el ajeteo ciudadano, lo veíamos rodeado de hombres prudentes y respetables, para cuya elección —la Patria era una sola— no se resintió de localismos. Con ellos, multiplicaba las leyes que espera multipliquen los pueblos y las colonias, los puentes y los caminos; alberdiano de hecho, quiere poblar —en paz, sin el crimen de la guerra— hasta los confines; por conocer los laboriosos y no siempre seguros caminos del autodidactismo, quiere que todos aprendan obligatoriamente —severas sanciones establece para los padres morosos—, gratuitamente. Previendo conflictos de una rigurosa aplicación constitucional —... para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino—, seguro de las dificultades que podrían sobrevenir con la inmigración —heterogeneidad de razas y credos—, legisla liberalmente sobre la familia, sobre los cementerios, sin ánimo de herir ninguna religión y menos los principios cristianos que conforman su yo más íntimo, como legisla previsoramente sobre la forma de estimular auténticas vocaciones juveniles: así pueden iniciarse y luego triunfar Estanislao S. Zeballos, José Elías Gollán, Laurentino Candiotti.

Y de pronto, sin haber llegado aún a nuestro hogar, nos invadió la misma tristeza que frente a su tumba, tristeza de ver abatirse sobre tanta fuerza innovadora la fuerza de la ambición electoralista, hábil y sibilina, explotadora de descontentos que nacían de la incomprensión.

Pero no son ni la tristeza ni la depresión sentimientos que puedan acompañar su recuerdo. Quien para bajar del gobierno, aún en medio del ruidaje de las armas, supo acrisolarse en la más rancia dignidad y guardar y hacer guardar elementales formas legales, supo también llegar al Senado Nacional sembrando pasmo e inquietud de entrada entre sus pares y entre los gobernantes nacionales y provinciales. Desde el nuevo escenario, de mayor irradiación, de mayor repercusión, vuelve a ocupar nuestro pensamiento un don Nicasio que no se da tre-

gua; y somos al instante nosotros los asombrados, los inquietos, sintiendo en nuestro pulso su pulso que lo impele a moverse y polemizar, proyectar leyes y escribir denodadamente para defenderlas. Y anotemos que se mueve y polemiza —casi nada— en un plano intelectual que jerarquizan Mitre, Quintana, Torrent, Elizalde y Rawson. Y siempre con las pasiones abrazadas para toda la vida: la libertad y la paz. Estaba maduro de cosa vivida y de cosa leída. Como nunca ansiaba la libertad para proyectarse sin medida y como nunca se afanaba por la paz, una paz estable, para meter sus cuñas progresistas. Conocía las instituciones de Europa y de Norte América hasta sus últimos desenvolvimientos; y si optaba por las de ésta y de Inglaterra, era porque consideraba que en el resto de Europa, salvo Suiza —la guerra Franco-Prusiana fue para él fuente de lamentables conclusiones—, los pueblos estaban socialmente constituidos de un modo complicado, artificial y gótico. “Su enorme peso —sostuvo— gravita sobre la conciencia, sobre la razón, sobre la libertad humana”. Y analizando el movimiento moderno de aquella época y las ideas que se transformaron en hechos que comenzaban una lenta y trabajosa revolución, anota como factor de avance que en Salamanca aparezca Balnes con su tratado de filosofía y en la Universidad de Madrid Castelar examine a la luz del liberalismo tales hechos históricos. Pero, como lo quería Echeverría, tenía “un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad... porque ser grande en política no es estar a la altura de la civilización del mundo, sino a la altura de las necesidades del propio país...”.

No, no era don Nicasio un senador más que iba a formar entre los que hacían coro a las grandes figuras. Iba a ser, fue de entrada el senador Oroño, al que se hizo coro muchas veces y unánimemente se le apoyó —cómo estaría la razón de su parte— en la tremenda ocasión que Sarmiento pidió su desafuero precisamente por hacer la guerra, desde todos los ángulos, a la guerra entre la Nación y Entre Ríos, acción prolongada, desangradora y esterilizante de una organización que ha-

bía dejado de ser tal. “Y eso mismo, sin embargo, —anota Arguimbau— fue lo que concitó en su contra la malquerencia de los gobernantes, la prédica de los diarios, la desconfianza del pueblo, el anatema de los católicos y las calumnias de todos los despechados”. Claro está que si se entra al análisis de sus proyectos en adecuación a las realidades políticas, sociales y económicas de aquel tiempo, se comprende el desbarate que los mismos hubieran significado para muchos estados de cosas artificial, convencionalmente mantenidos. Pero, esto también está claro, se hubiera beneficiado nuestro pueblo, participando pacíficamente de bienes largamente retaceados y que hubo que conquistar, más de una vez, en medio de armadas convulsiones que retrasaban matemáticamente el progreso del país.

Para tener una idea somera de sus iniciativas, que arrancan de aquella primera —espectacular impacto sobre errores, componendas e ineptitudes— que proponía la paz con el Paraguay, porque consideraba que ya no tenía sentido seguir una guerra que él mismo en su hora apoyó con concretas y eficientes medidas, escuchemos a don Nicasio: “Yo fuí quien presenté por primera vez, en forma de proyecto de ley, cuyo alcance no se supo apreciar entonces, la idea de emprender la conquista del desierto, llevando nuestras fronteras a las márgenes del Río Negro; idea que más tarde vinieron a realizar el Dr. Alsina y el general Roca; yo fuí el iniciador de la ley de creación del Banco Nacional, que cumplía un precepto de la Constitución; de la ley de límites interprovinciales, que suprimía un semillero de cuestiones, dificultades y conflictos entre los poderes de diversos estados, y entre éstos y la Nación; de la ley general de ferrocarriles y de la de caminos, puentes y canales, tendientes a llevar el progreso a los puntos más apartados de la República; de la ley de Registro Civil; de la ley de inmigración y colonización; de la abolición de la pena de muerte; del estudio gráfico e hidrográfico de los territorios nacionales; de la fundación de una penitenciaría en la Patagonia, con el fin principal de ejercer actos de dominio y mantener la posesión de zonas que disputaba la República de Chile; de la abo-

lición del servicio de la Guardia Nacional en las fronteras; de la abolición de la pena de azotes, que con tanta crueldad se aplicaba en el ejército; del establecimiento de colonias en los territorios del sur; del ferrocarril de Mendoza a San Juan, y del que partiendo de Córdoba debía ligar a Tucumán y demás provincias del Norte con el Litoral; del nombramiento de una comisión de jurisperitos encargada de confeccionar un proyecto de ley estableciendo el juicio por jurados, de la ley de jurisdicción militar . . .”.

Si largo sería seguir con la enumeración, imaginemos lo que sería un extracto de los fundamentos de las iniciativas y de las polémicas y artículos que a su respecto se vio en la necesidad de entablar y escribir don Nicasio. Digamos, simplemente, que en ellos se encuentran los antecedentes de muchas realidades actuales y de leyes que todavía esperan su sanción, porque en tren de adelantarse, don Nicasio se adelantó hasta al propio “Martín Fierro” y su problemática nacional. En 1869, en efecto, defiende al gaucho condenado a que lo lleven a la frontera, a servir de peón en los establecimientos de los jefes, mientras que la mujer y los hijos se mueren de hambre o se abandonan al vicio impelidos por la miseria, terminando por exclamar: “¡Y se extraña que el gaucho sienta aversión contra el hombre acomodado!”. El quería a nuestro paisano trabajando en un pie de igual consideración que el gringo ganado definitivamente por esta nuestra tierra enorme.

No mentamos cuando aseveramos que hemos soñado con don Nicasio después de aquella visita a su tumba, Sepulcro Histórico olvidado injustamente. Y nos hemos despertado repitiendo aquellas sus palabras dramáticas que intercalaba en su mensaje a los que lo habían elegido senador, dándoles cuenta, sin que nadie se lo exigiera, de su gestión: “. . . Y como las pasiones políticas son implacables, no sólo me he visto perseguido en mi persona, sino que me encuentro, al terminar mi cometido de legislador, arruinado totalmente en mi fortuna”.

No hemos sido justos silenciando la vida y la obra de don Nicasio. Probablemente en sus últimos años, que también fue-

ron de lucha fructífera, al punto que murió cuando debía prestar juramento como Ministro de Agricultura en el gabinete de Quintana, apenas comenzado en 1904 este siglo de nuevas vicisitudes, él debe haber barruntado, autoocrítico severo como era, ese olvido del que saldrá remozado en la medida en que se vayan cumpliendo sus desvelos. “La historia argentina —dijo con certeza— no se ha escrito, ni es posible que ella pueda escribirse en mucho tiempo. No es que nos falten hombres de talento y de vasta instrucción, capaces de acometer esta empresa, pero nos faltan, sí, hombres imparciales, exentos del espíritu de partido que por desgracia ha contagiado las más vigorosas inteligencias”.

Ojalá que esta semblanza marque —no pedimos otra cosa— el comienzo de concienzudos y desapasionados estudios sobre su figura, tan desaliñada pero tan sinceramente exaltada por nosotros. No pedimos otra cosa porque lo demás vendrá por añadidura; y ya nadie tendrá que exponer sentimientos de la índole de los que animaron nuestras primeras palabras. Ojalá que muy pronto ante su estatua, gobernantes y gobernados, en cuanta ocasión planteen las contiendas del civismo, puedan exponer libremente y en paz, superando naturales discrepancias, sus ideas y sus ideales. El tuende de don Nicasio se sentirá feliz.

EMILIO ALEJANDRO LAMOTHE

1° Junta 3155, Santa Fe